

Un quiquiriquí repentino provocó que Gema abriera los ojos de par en par, dando la sensación de que aquél canto le sobresaltó por desconocido. Pero no era así, porque todas las mañanas, desde que llegó a esa casa, había recibido el despertar del gallo como un grito de agradecimiento a la vida. Al percatarse de qué fue lo que la despertó, se removió en la mecedora para sentarse correctamente, ya que la postura en la que durmió durante toda la noche le había entumecido todo el cuerpo. Cerró los ojos dejando caer lentamente los párpados. No quedó en la oscuridad, porque, en ese momento, su memoria le mostraba, una a una, las diapositivas que guardaba en el clasificador gris identificado como *Imborrable*. Hacía bastante tiempo que no se deprimía.

Suspiró profundamente e impulsó, lo justo, su cuerpo hacia delante para que la mecedora comenzara un leve balanceo que le puso música de acompañamiento a sus recuerdos con unos, casi sordos, quejidos de madera reseca y quebradiza.

Estaba malherida, pero ni sangraba, ni *lucía* ningún hematoma sobre su piel, ni sufría ninguna luxación ni fractura ósea, ni tan siquiera un leve rasguño. Sin embargo, sentía y padecía como si sufriera en sus propias carnes todo lo anterior. Esa mañana, la perturbación era su única compañera. No sabía si no lloraba porque no tenía lágrimas o porque su estado anímico, con el tiempo, le había creado la coraza de la insensibilidad. Las últimas

lágrimas *verdes* las escupieron sus ojos hacia ya varios almanques.

A sus veintiocho años recién cumplidos, se resistía a aceptar que la vida había que vivirla como fuera, porque como decía su abuela: “No hay mal que cien años dure”. Pero, por otro lado, su abuelo la refutaba con: “Ni persona que lo aguante”. La infamia con la que se había codeado tanto tiempo le mostraba que vivía en un vía crucis permanente.

El día que decidió retirarse a vivir al campo lo hizo, más bien, por desaparecer de la sociedad, que por encontrar tranquilidad.

La casa estaba enclavada en una finca con una extensión de cincuenta hectáreas, rodeada, a su vez, por un paraje bucólico y serrano por antonomasia: encinas, alcornoques, castaños, algarrobos, olivos, álamos, pinos, eucaliptos, árboles frutales, monte bajo, algunos cerros cubiertos por vegetación silvestre que hacían de cuña a unas montañas donde es habitual divisar a un ganado variopinto paciando a sus anchas, así como a algunos cervatillos despistados; e incluso, de noche, se podía oír la clara existencia cercana de lobos y cómo no, los disparos de los cazadores al levantarse la veda de la tórtola, conejo, jabalí, perdiz, paloma torcaz...

Bonito y tranquilo lugar, pero quizá peligroso para una mujer joven y guapa, máxime si decidió establecerse allí y con residencia permanente, sin más compañía que ella misma; ya que los tiempos que corren nos muestran, demasiado a menudo, hechos para que cualquiera que viva solo, y mucho más en el monte, disfrute de concubinato con el miedo.

¿Miedo? Gema ya no le tenía miedo a nada. Quizá prefería una huída de la vida por sorpresa, mejor que mamar *in sécula seculórum* un sufrimiento crónico. De todas formas, cuando adquirió la finca, tanto ésta como la vivienda disponían, para su total tranquilidad, de un sofisticado sistema de seguridad: alarmas, claves para poder abrir desde afuera, portón blindado, cámaras instaladas estratégicamente que alimentaban de imágenes a su monitor correspondiente...

El día que fue a verla le pareció demasiado grande para ella sola, sin embargo, después de recorrerla de *pe a pa*, lo que realmente le hizo tomar la decisión de comprarla fue la piscina climatizada: protegida por una cubierta poligonal acristalada, con techo móvil, en el centro una isleta con dos palmeras; nenúfares artificiales desperdigados por la superficie del agua, seis hamacas de madera envejecida, y adosada, a la vez que comunicada, con el edificio. Otro motivo que la indujo a embarcarse en tal inversión fue el colosal salón: cuadros con motivos cinegéticos; mobiliario estilo español del siglo XVI, decorándolo hasta la mitad desde la entrada, y, en la otra mitad, un mobiliario más funcional; el centro del salón estaba ocupado por una inmensa chimenea, aunque toda la vivienda la habían acondicionado para el frío-calor. Otro hábitculo que le sorprendió fue un aprisco, perfectamente cercado, situado a un centenar de metros de la vivienda. “El ganado fue lo primero que vendí”, le dijo el dueño que era el que le enseñaba la propiedad. Las cagarrutas daban fe de que aquel lugar había cobijado ganado bovino. Adosado a una esquina del redil se encontraba un gallinero. “Diez gallinas ponedoras y un gallo. Buenos huevos nos han dado”, le dijo el dueño. Le conmovieron tanto los animalitos que decidió que el cuidado de éstos iba a ser su única obligación diaria.

Gracias a la *indemnización* que recibió pudo soltar la pila de euros que le costó la finquita, sobrándole lo suficiente para comprarse un todoterreno, y poder tirar sin darle un palo al agua.

Sus comienzos como granjera fueron muy difíciles, poner en funcionamiento la mansión; cuidar el gallinero, al que más de una vez estuvo a punto de prenderle fuego por caída anímica, ya que al tercer día de vivir allí se encontró a dos gallinas en posición decúbito supino.

Funesto encuentro. Cerró los ojos, a la vez que giró la cabeza bruscamente hacia un lado. «¡No cabíamos en casa y parió la abuela!», exclamó con tono entre excitable e histérico. Dando suspiros y más suspiros intentaba tranquilizarse. Hasta que con una enérgica sacudida de la cabeza susurró: «Ahora las exequias».

Frunció el entrecejo, diciéndose: «No tengo más remedio que sacarlas de ahí y deshacerme de ellas. Las inhumaré lejos de la finca. No quiero muertos en mi casa. En la nave vi aperos agrícolas. Cogeré un azadón y una pala. Serán suficientes para conseguir darles sepultura».

Sin poder evitar un gesto de asco se dirigió a la nave. Durante el camino pensaba cuál sería el motivo que les provocó la muerte, y que las demás correrían la misma suerte. «Pobre gallo si sobrevive», bisbiseó.

Caminaba cariacontecida como consecuencia de no poder quitarse de la cabeza si ella sería la culpable de las muertes. Dos suspiros profundos le dieron la fortaleza suficiente para, con todo el asco del mundo, introducir a las gallinas en una bolsa de plástico. Sin dejar de hacer un esfuerzo inconmensurable, en lo relativo a la repugnancia, la depositó, junto con el azadón y la pala, en el portamaletas del todoterreno. Después de abrir todas las ventanillas del vehículo, por la obsesión de que aquella bolsa hedía, aunque no era así, se alejó varios kilómetros de su finca. Cuando creyó que estaba lo suficientemente lejos para que no le pudieran molestar los espíritus gallináceos. «Por si las moscas», se dijo. Frenó en seco. Un leve garbeo visual le fue suficiente. Encontrando el lugar apropiado para las honras: una espesa vegetación entre dos prominentes desniveles del terreno.

Con desmañado esfuerzo, por ser la primera vez que utilizaba esos aperos, consiguió hacer el agujero suficientemente grande para que cupiera la bolsa. Necesitó dar tres resoplidos ante el ahogo que padecía; repuesta se dirigió al todoterreno; sin mirar a la bolsa, para superar el escrúpulo, la asió con las yemas de los dedos pulgar e índice de ambas manos; mientras se acercaba al hoyo aguantaba la respiración. Dos trastazos que sonaron junto a ella la sobresaltaron e instintivamente miró a su derecha, junto a su pie; las dos gallinas se habían escurrido de la bolsa y reposaban en el suelo con inequívoco *rígor mortis*. Entre encorajinada y asqueada las introdujo en el hoyo a puntapiés.

Un ruido atronador en pos de ella, en el preciso instante que dejaba caer, por última vez, el azadón sobre la tierra para que quedara a ras, la azoró.

El motorista que se detuvo junto a ella era un guardia civil del SEPRONA (Servicio de Protección de la Naturaleza).

—La he estado observando mientras enterraba dos gallinas —le dijo con voz recia, a la vez que con movimientos repetitivos con el dedo índice señalaba a los gemelos de campo que le colgaban del cuello. Recalcándole—: Y mi compañero, que se ha quedado arriba, lo ha visto igual que yo.

Aquella voz procedente del fornido agente de la ley, escarranchado en la moto con las piernas rectas y las botas casi enterradas en el suelo, le produjo una mudez por acongojo. Lo único que había hecho era dar una digna sepultura a sus animalitos, pero por el tono de voz, que empleó el número, dedujo que estaba incumpliendo la ley. No se equivocó.

El guardia civil le informó que había infringido el Reglamento de Epizootias. Aclarándole éste, al ver la cara que puso ella:

—Sobre la Sanidad Animal. No dispongo de tiempo para entrar en detalles. Sin embargo le diré que al enterramiento le ha faltado echarle cal viva. Lo comprende, ¿no?

Gema, para no complicar las cosas, asintió con la cabeza, porque realmente no sabía qué le quería decir con eso de “echarle cal viva”.

—Estoy seguro de que —continuó el guardia civil— no dispone de ningún informe veterinario que nos ratifique la causa que han motivado que sus gallinas suban al cielo.

Ella se encogió de hombros.

El guardia civil pareció perder la paciencia:

—¿No me dirá que no sabe lo que les causó la muerte? —continuando con tono atemorizador— ¿Se imagina la que puede armar si algún animal se las merienda y se contagian unos a

otros? Ya veo que no se lo imagina... ¿Qué les echa de comer? Para ver si por ahí podemos...

—¿Echar? ¿Comer? —el tono de sorpresa en las interrogantes daban alguna luz al motivo.

—Sí, que ¿qué comen?

—Pues yo las veo picotear la tierra... —continuando con voz titubeante—, supongo que se comen los bichitos cuando tienen hambre.

—¿Cómo? —Al número la cara se le inflamó—. ¿No les ha dado de comer? ¿Nunca?

Gema le contó que hacía pocos días que adquirió una finca, que ya estaban allí, y el vendedor no le dijo que...

—Joder, se han muerto de hambre. ¿Tiene más?

—Sí —respondió con voz apenada.

—Mire —le decía el número mientras escribía en una hojita de papel—, llame a este número de teléfono. Es el veterinario del pueblo; cuénteles lo que le ha ocurrido, que él le dirá lo que tiene que hacer para que no pierda a las demás. Ande, márchese, que no sería de extrañar que cuando llegue a su casa se encuentre sin gallinas. —Mientras cogía postura para marcharse decía entre dientes—: ¡No darles de comer! ¿De dónde habrá salido?

Tan pensativa como aliviada y preocupada a la vez, le dijo adiós con la mano.

El veterinario, con una amabilidad que a Gema le pareció poco común, telefónicamente le dio unas ligeras nociones de cómo mantener, tanto higiénica como productivamente, el gallinero. Lo hizo desinteresadamente, e incluso la animó a que se instruyera todo lo que pudiera sobre la avicultura. A Gema le sorprendió la seguridad que transmitía en sus palabras, y estuvo a un tris de pedirle consejos sobre cómo subsistir en esa tierra, que aunque tenía arraigo en ella se sentía una advenediza.

Todo el contenido de la casa era relativamente nuevo, excepto la mecedora, donde Gema continuaba meciéndose, la encontró en el primer recorrido que realizó por su nueva propiedad escudriñándolo todo; estaba arrumbada en la esquina de un trastero descuidado en años, según indicaban el polvo y las telarañas que lo decoraban.

En el mismo momento que la descubrió, aun con lo deteriorada que estaba, percibió una sensación extraña en su interior. Decidió que con todo el tiempo libre que tenía por delante, la restauraría ella misma. Lo primero que hizo, después de desempolvarla por encima, fue comprobar su estado, no se encontraba desvencijada; en el asiento, las enneas estaban lo suficientemente tirantes como para poder utilizarla cómodamente; no presentaba heridas de carcoma; sus arqueadas patas continuaban impecables, así como el respaldo y los brazos.

En cuanto la tuvo restaurada la colocó en el lugar que marcó como preferido en el salón. La miró de frente, de costado, dio varias vueltas a su alrededor, para, a continuación, retirarse unos metros y admirar el toque lisonjero que había conseguido darle. Consumió bastante tiempo recreándose en su obra. Se sentía satisfecha. La sola observación de la mecedora le concedía una calma interior que ni ella misma comprendía. Esa calma no tuvo parangón con la que experimentó la primera vez que se sentó, el mecer la arrulló de tal forma que sus párpados cayeron con la suavidad de las hojas en otoño, eso, unido al sonido de fondo producido por las patas pisando el suelo y aliñado con el crujir añejo de su estructura, la envolvieron en una paz espiritual incommensurable.

Pero lo que realmente le hizo catalogar a la mecedora como su solio personal fue cuando, sin dejar de mecerse, al abrir los ojos, la perplejidad la ahogaba; a unos metros, delante de ella, levitaba un resplandor immaculado con forma de pergamino, mostrando en el centro un ojo perfecto con el iris color azul cielo y parpadeando con la mayor naturalidad. El desencajamiento moraba en la cara de Gema. Inmediatamente detuvo el mecer, y aquella mágica visión desapareció.

—¡Estás tonta! —se recriminaba mientras se restregaba los ojos sin cuidado—. ¿Por qué me he asustado? —El tono intrigante en sus palabras dejaba meridianamente claro que dudaba de sí misma.

Con desmedido cuidado se levantó de la mecedora, sin dejar de aguantarla por uno de los brazos para que no se moviera. Esperó unos segundos para estar segura de que la inmovilidad de la mecedora era evidente, e intentó conseguir la misma naturalidad con que lo hizo al sentarse. Pasado un tiempo, después de respirar profundamente varias veces, comenzó a mecerse. Nada anormal ocurría a su alrededor, salvo que se sentía a gusto. Recordó que tenía los ojos cerrados, y fue lo que hizo. Al décimo balanceo abrió los ojos y frente a ella no apareció nada.

—¡Ves, tonta! —se decía gesticulando con la cabeza—. Habrías dado una cabezadita. ¡Simplemente fue una ensoñación!

Resoplando se levantó. Pensó un momento, decidiendo ir al gallinero para recoger los huevos. Antes de salir de la casa se volvió para admirar su obra.

—Sí que ha quedado bonita —se alababa—. Me podría dedicar a la restauración.

Al anoecer había finalizado la limpieza del gallinero. Desde que recogió los huevos no se le iba de la cabeza uno que destacaba muchísimo sobre el resto, sobre todo en su tamaño. Estaba impaciente por comérselo esa noche.

Los cabellos, todavía mojados, por haber sido secados solamente con la toalla, le refrescaban las mejillas, en ese momento sonrosadas por el calor de la ducha, y le habían humedecido las hombreras de la parte superior del chándal que se había puesto para despedir al día.

Casi con ansia, se dirigió a la cocina para comerse el gran huevo. Pensó que ese huevo no se merecía ser frito solo, así que picó una cebolleta y laminó un chorizo serrano. Cuando los dos ingredientes estuvieron fritos en su punto, rompió, sobre el borde de la sartén, el huevo y lo dejó caer con delicadeza sobre el aceite.

—¡Suerte! —gritó—. ¡Esto trae suerte! —gritaba exultante—
¡Ya era hora, Dios, ya era hora de que me llegara la suerte!

El huevo tenía dos yemas, y a ella se le ocurrió que eso era tan difícil como encontrar un trébol de cuatro hojas. Acababa de descubrir un nuevo fetiche para aumentar el desvelo de los supersticiosos.

Gema tenía claro que esa noche, después del chute de colesterol que se había inyectado, no debía conquistar la piltra antes de hacer una buena digestión: a las once de la noche, con luna llena, caminó durante media hora por la finca. El romanticismo que le produjo el influjo de la *hechicera noctámbula* la llevó a volver a la casa y tocar su instrumento favorito: el arpa.

De los dos que tenía el *celta* y el *de doble movimiento*, eligió el celta porque al otro lo tildó de maldito el mismo día que lo tocó en la Capilla Sixtina. Por eso lo tenía enfundado en la esquina más alejada del salón.

Media hora estuvo haciendo hablar al arpa. Por la falta de práctica, la espalda, le dio un aviso, molestia por la que decidió dejar de tocar y descansar en la mecedora.

Justo al sentarse, su garganta recibió una descarga de pringue agria. La ardentía fue de tal magnitud que se le puso la carne de gallina. Un chupito de güisqui de malta, a secas, le provocó tres eructos que fueron suficientes para que se expandiera por el aire la pringosa digestión. En un santiamén, Gema estaba meciéndose lentamente con los ojos cerrados y arrullándose con los quejidos de la mecedora, volviendo a disfrutar de la paz absoluta. Al cabo de un buen rato recordó la visión de la luz. Sin dejar de mecerse abrió los ojos, y de nuevo tenía frente a ella a la luz encandiladora y al *ojo*, por supuesto, parpadeando.

—¡Nooo! —exclamó como si hubiera visto al diablo, al mismo tiempo que paró el balanceo, e inmediatamente desapareció la visión—. ¡Otro no, por favor, otro no! —suplicaba con desesperación. Los nervios la tuvieron ocupada unos minutos. Pasados los cuales, llegó a la conclusión de que necesitaba comprobar si verdaderamente le habían endosado otra estación más a

su vía crucis particular. Desde ese mismo momento comenzó a reflexionar sobre qué condiciones se tenían que dar para que la luz apareciera. No tardó mucho en descubrirlo: tenía que mecerse suavemente, cerrar los ojos, oír el crujir de la madera al moverse y, sin parar el movimiento de la mecedora, abrir los ojos—. ¡Otro no, por favor, otro no, más no! —Entre sollozos se hacía a la idea de que sí tenía una nueva estación en su vía crucis particular.

De nuevo volvía a estar abrumada hasta los huesos. Todavía no se le habían cicatrizado ni una de las heridas que arrastraba desde su infancia y adolescencia, y, a la vejez, viruela, recibe un nuevo tajo en sus entrañas, lo que le provocó que su estado psíquico cayera en la más absoluta orfandad.

A sabiendas de que no había cerrado la puerta principal con la clave correspondiente, se metió en la cama tapándose hasta la cabeza.

El nuevo hecho la apaleó de tal manera que cayó en un sueño profundo.

La desesperación podía con el temor.